

EL EXILIO Y LA DESESPERANZA: DOS SONETOS INÉDITOS DE PAULINO MASIP.

M^a Teresa González de Garay

Universidad de La Rioja. Gexel

Paulino Masip fue autor de poesía en sus años jóvenes, como tantos escritores y como tantos otros que no lo serán jamás. Tenía 19 años cuando publicó en Logroño, en 1919, su primer y único libro de poemas: *Remansos líricos*, en una edición de tan sólo 50 ejemplares, prologada y editada por Luis Ruiz Ulecia, fusilado poco después del levantamiento militar¹.

De *Remansos líricos* hay diversas opiniones. Unos han puesto de relieve su tono becqueriano, como Anna Caballé, otros opinan que era un libro primerizo que acusaba influencias de Antonio Machado y de Juan Ramón Jiménez. Lo cierto es que el libro, de ochenta y seis páginas, está en la órbita de los poetas modernistas de segunda fila. Las imitaciones de Rubén Darío, por ejemplo, son evidentes (princesas tristes, guerreros persas, hermosos árabes, palacios, jinetes, desiertos, místicos altares, "delirios de hipnóticos videntes", enigmas, misteriosos caballeros medievales, cisnes de "niveas plumas", cortejos atravesando el puente bajo el que navega la barca de Caronte mientras el poeta los contempla "inmóvil y enigmático", etc.).

Masip demuestra voluntad formal y lecturas fervorosas, pero su poesía es todavía vacilante, con altibajos importantes y el ritmo no está conseguido. Con todo ello, creemos que es un libro en el que se reflejan lecturas que irán ayudando a forjar al futuro escritor que aquí está aún probando los registros de su voz.

En el prólogo con el que Luis Ruiz Ulecia introduce los poemas, tras unas disquisiciones generales y tópicas sobre la figura del editor, se leen unas frases que reflejan una concepción generosa y pura de la poesía, vinculada a la amistad:

"La edición de este librito no es un negocio para mí que lo edito, ni mucho menos para Paulino, que lo escribió.

Él nació en conversación de amigos, es hecho por amigos y su autor lo dedica a la amistad. Este libro no se vende. Se regala"².

¹ *Líricos remansos*, Logroño, 1919, pp. 1 a 4.

² *Ibid*, p. 2.

Paulino Masip confiesa en el poema *La razón de la sinrazón*, el primero de los 13 poemas que conforman el libro³:

Voy sembrando de versos mi vida,
que son en la llanura desolada
que detrás de mí queda, como una florecida
explosión de mi alma ensangrentada.

Con ellos marco los pesares del camino,
y allí donde uno se alza señala un gran dolor
que detuvo mi andar de peregrino,
mi penosa marcha hacia el eterno albor.

(...)

Condenado a forjar rimas con mis penas
e infiltrado del veneno del rimar,
yo rechazo los consuelos de almas buenas
buscando las pervertidas que hayan de hacerme llorar.

Y en el poema *Ego sum* expresa ingenuamente su quehacer lírico:

Yo soy un poeta que siento y que lloro,
llevando a flor de piel el corazón,
y convierto en oro
las lágrimas que ofrendo a nuestra Madre, la Ilusión;
que embrutezco la carne porque el alma viva,
dejándola marchar a su Ideal,
mientras el veneno de la flor del Mal
me aturde y me ciega. Y cual la votiva
luz de los misterios, ardo en el alcohol.
Y es un vago sol
de enfermos, de tristes, de locos y santos,
que alumbra con llama violeta,
este sol ficticio que adoro en los cantos
que brotan de mi alma de poeta. (pp. 53-54).

Hemos querido recordar este primer libro de versos porque muchos años después, reciente la tragedia de la guerra civil y del exilio, apenas llegado a México, aún se acorda-

³ Los títulos de los poemas son, además del mencionado, los siguientes: *Añoranza sentimental*, *Becqueriana*, *Epifanía profana*, *Escucha, mujer...*, *Vida rota*, *Sollozos*, *Ego sum*, *Visiones*, *Mis dos amores*, *Aguafuerte*, *Letanía carnal* y *La espera*. La cita en pp. 5-6.

ba Masip de aquellas inclinaciones poéticas en la revista *Romance*, con motivo de un artículo escrito en homenaje a D. Antonio Machado en 1940. En ese recuerdo la madurez crítica y lúcida valora el pasado poético adolescente en sus justos términos, sin piedad ni autocompasión, pero con el cariño que sanamente se puede guardar por la impericia de los primeros pasos. Es entonces cuando don Antonio Machado viene a llenar el vacío dejado por su silencio como creador lírico:

"Yo tuve en mi adolescencia una pequeña fuente lírica propia. Mi vaso era chico y agoté pronto su contenido. La fuentequilla se secó y otros manantiales menos puros brotaron en su lugar. Pero de vez en cuando el paladar de mi alma se reseca y abrasa de una sed específica, sed de agua poética. Entonces acudo a Don Antonio y bebo en su manantial, a la buena manera, haciendo cuenca con mis manos y mejor, con una sola, que actúa a modo de paleta cóncava, pero no lleva el agua a la boca, sino que la dispara hacia arriba, sin tocarla apenas, y la boca la recoge en el aire. Así me enseñaron a beber los campesinos de mi tierra, con gesto que une la máxima pulcritud posible en esas circunstancias y la delicia de cazar los sorbos al aire, como si fueran pájaros frescos o copos de nieve, o sencillamente, lo que son: agua con alas que se rompe contra las encías y entra hasta la garganta a borbotones. Los versos de D. Antonio, bebidos así, apaciguan mi sed y desalteran mi alma. Cierro el libro, como esa loseta que también mis maestros campesinos colocan oblicuamente sobre los manantiales para resguardarlos de impurezas, y sigo mi camino, seguro de que tantas veces como lo busque, lo encontraré propicio. El camino es polvoriento, la cuesta empinada y el sol de fuego, pero mis resortes interiores están ahora jugosos, elásticos; ando sin fatiga ni pesadumbre"⁴.

A pesar de que Paulino no publicó nunca más poesía, es evidente que el género poético fue uno de los que siempre frecuentó como lector. Y es más que seguro que leyó tantos y tan magníficos poemas como publicaron sus compañeros de exilio y amigos próximos. No sólo leería con fruición y empatía los versos de Cernuda, Altolaguirre, Bergamín, Emilio Prados, Pedro Garfias, Juan José Domenchina, Tomás Segovia y un largo etcétera, que expresaban el sentimiento del exilio con una grandeza conmovedora, sino que, como indican estos dos sonetos hallados por su hija Carmen entre sus papeles, a veces no podría resistirse a coger la pluma para plasmar en una de las estrofas más exitosas de nuestra tradición, el soneto, sus propios sentimientos.

Veamos qué expresan esos sonetos, absolutamente representativos del pensamiento y del sentir de los exiliados, que habiendo pasado tantos años fuera de España descartaban ya un regreso reparador a la tierra de la infancia y de la juventud. Paradigmático en ese sentido y en el campo de la prosa es el relato de Francisco Ayala titulado "El regreso"⁵, en el

⁴ *Romance*, 7 de febrero de 1940.

⁵ Francisco Ayala, en *La cabeza del cordero*, ed. de Rosario Hiriart, Cátedra, Madrid, 1978, pp. 135-184.

que la vuelta evidencia la inexistencia de lo soñado y la futilidad de las esperanzas mantenidas contra la tozuda y horrible realidad histórica.

En el primer verso del primer soneto de Paulino Masip leemos una afirmación rotunda que rompe el ritmo del endecasílabo con un punto tras la novena sílaba, "Y ya es inútil rebelarse". En esa afirmación se apoya toda la sustancia significativa y desesperanzada del poema.

La inutilidad de la rebelión, universalizada, se amplía enseguida. El adverbio de tiempo "nunca", encabalgado de manera abrupta sobre el segundo verso del soneto, abre una larga serie de negaciones, que ocuparán los siete versos siguientes, definiendo con gran patetismo la condena irremediable del exiliado sin esperanza. La vida rota "nunca" hallará sosiego que permanezca, la casa será provisional e inestable, los alimentos serán levemente gozados porque recordarán, harán añorar, desear inútilmente, los del pasado, los de la infancia, lo mismo que ocurre con los paisajes. El cielo y el campo serán comparados con los de la patria perdida y la nostalgia hará que los presentes queden empobrecidos e incapaces de albergar una emoción alegre y satisfecha. La vida se tiñe así de autocompasión ("ni sosiego hallaremos perdurable/ para la *pobre* vida nuestra trunca"). El sabor, el olor, el cielo más queridos fuera del alcance, en España, tan lejana e inaccesible desde México:

Y ya es inútil rebelarse. Nunca
plantarán nuestras manos tienda estable,
ni sosiego hallaremos perdurable
para la pobre vida nuestra trunca.

No comeremos pan que no recuerde
otro pan que comimos, ni habrá cielo
del cual otro, lejano, no haya celo,
ni campo que no pueda ser más verde.

Pero tras las negaciones de los dos primeros cuartetos, concluye Masip en los tercetos con una reflexiones generales, de tono íntimo e introspectivo, en las que asume, primero una "ley de vida" del exiliado, marcada fuertemente por el sentimiento primordial de la nostalgia (más cuando ésta aparece de modo insólito y constante) y, segundo, un futuro en el que el regreso puede ser pensado, aunque esa recuperación revele que el angustioso pasado fue conjurado con unas esperanzas que en seguida se nos van a mostrar falaces, utópicas, ingenuas, imposibles. Pero esto se abordará ya en el segundo soneto.

El primero concluye así:

Sin sentir, ni querer, por ley de vida
vamos, hora tras hora, recogiendo
insólitas semillas de añoranzas.

Al ser devueltos a la llar perdida
veremos que se fueron convirtiendo
las angustias de ayer en esperanzas.

Comprobamos, en cualquier caso, que el regreso se plantea al menos como hipótesis. "Angustias" y "esperanzas" reunidas en el último verso del soneto. Las "esperanzas" contaminadas para siempre de las "angustias" que fueron de ayer, son de hoy y serán de mañana, si esa mañana de recuperación y retorno llegase a existir como restitución del mundo usurpado.

Pero es que en los cuatro primeros versos del segundo poema esa posibilidad se describe como inútil una vez más. La vuelta generará aún mayor ansiedad que el deseo de volver porque ese regreso no arreglará ya nunca el pasado dramático, sino que marcará con mayor nitidez el tajo asestado y la cicatriz sangrante de una vida desviada.

A ello se suma la desazón de contemplar dos Españas eternamente escindidas. Una España alienada, podrida de odio y sin alegría, como también escribiera su admirado Antonio Machado, contra la otra España, hoy vencida. La ira en el centro:

II

La ansiedad de volver no será nada
junto a la certidumbre de haber vuelto
y encontrar que la vuelta no ha resuelto
el drama de tu vida desterrada.

Hallarla eternamente enajenada,
ver que partida fue en iguales trozos;
sentir que siempre enturbiará alborozos
de una mitad, la otra mitad airada.

Ante ese drama, inevitable, Masip se afirma en su exilio, en la parte negativa, pero también positiva, del transtierro en América. El final del soneto es un reconocimiento de un destino español abocado a sufrir entre las dos orillas, pero impresionantemente decidido a servir de comunicación entre ambas sin renunciar a una orilla ni a otra, aunque tenga que asumir lo peor de las dos, hasta la muerte, montado en el caballo injusto de la historia:

No desdirás tu estirpe gachupina,
o, si mejor te place, perulera
y por sus huellas correrá tu suerte.

Tu destino español a ser te inclina
puente tendido de una a otra ribera
a caballo del mar hasta la muerte.

Los sonetos de Paulino apuntan un despertar de su fuente lírica. Probablemente animado y contagiado por los magníficos y sinceros sonetos de su amigo y compañero de exilio Juan José Domenchina, tan semejantes en contenidos y tonos de los dos que acabamos de analizar. Pongamos un sólo ejemplo con dos sonetos de Domenchina de *La sombra desterrada (Pasos de sombra)*, de 1950, titulados "Las raíces" y "La voz remota":

Las raíces

¿Cómo medir tu soledad, la extensa
porción de mundo ajeno, que te acota
en destino sin fin tu vida rota,
sólo pasado y añoranza inmensa?

Allí, lejos, al sol, donde te piensa
la tierra en que te ahincaste, tan remota,
todo, al sentirse y al no verte, nota
tu vida, de hombre en vilo, mal suspensa.

Desde aquel surco, donde tus raíces
estaban, el arado te echó a un lado
como gleba de sobra en el cultivo...

Si no tienes el alma donde dices
que alientas, ¿en qué horrores, arrancado
de cuajo y sin entrañas, estás vivo?⁶

La voz remota

Corriente por de dentro, soterraña,
voz que se me quedó bajo la tierra
que tuve y que me tuvo. Allí no yerra;
allí está siendo, como siempre, entraña.

⁶ Juan José Domenchina, *Poesía (1942-1958)*, prólogo de Ernestina de Champourcin, Editora Nacional, Madrid, 1975, p. 214.

Yo no canto en falsete la patraña
que atipla al que, avenida, se destierra.
Pronuncio desde allí, que es donde entierra
su son el grave acento que no engaña.

Aquí, sombra a lo lejos, me acompaña
el ademán suasorio de una tierra
que esgrime el gesto con rotunda maña.

Y os hablo, limpio timbre que se empaña
sobre los mares, como muerto en guerra,
desde una fosa, con mi voz de España⁷.

Las analogías temáticas en los poemas de los exiliados son inevitables y frecuentes.

Para concluir esta breve noticia sobre las inquietudes poéticas de Paulino Masip, nada mejor que releer íntegramente las palabras que escribió para la "España peregrina" en *Romance*, en 1940, sobre su relación con la poesía y los poetas (reproduzco en apéndices el texto del artículo completo). Ellas nos confirmarán que la sencillez de contenidos y la sinceridad de sus versos responden a un impulso emocional muy fuerte y difícilmente silenciable. La lejanía y la añoranza hizo que esa canción que se llevaron (como proclamó en un primer momento, antes de conocer la poesía de Ángela Figuera Aymerich, León Felipe) aflorara aquí y allá aun contracorriente del destino personal y de los derroteros que transitaron algunos de nuestros escritores exiliados, como Paulino Masip, a quien hoy se le rinde merecidamente homenaje en el centenario de su nacimiento:

"En arte, y sobre todo en poesía, me gusta cerrar los ojos, entornar las ventanas de mi inteligencia y escuchar las resonancias que la obra despierta en las profundidades radicales de mi ser. Cuando es muy grande el placer que me produce, acaba convirtiéndose en necesidad casi viciosa. Sin duda existe un género de alcoholismo poético, con matices varios en su seno. Está el dipsómano tosco, burdo, sin predilecciones, indiferenciado, que busca, simplemente alcohol, sea cualquiera la forma que adopte, y están el borracho de whisky, el de cognac, el de vino, el de tequila, ebrios específicos, diríamos. Yo soy uno de éstos. Mi ebriedad poética tiene en los versos de Machado su principal bodega, aunque visite a menudo y gustosamente, otras también dilectas, porque no se excluyen, sino se complementan, como los colores del iris".

"Quiero decir, con estas imágenes de un realismo algo bárbaro, que la perfección formal de un poeta no me interesa, ni me atrae, ni apenas sé en qué consiste. El adjetivo impecable, aplicado a un poeta –"es un poeta impecable"– basta, basta para que me acerque a

⁷ *Ibid.*, p. 199.

él con cierto repeluzno, y para que difícilmente podamos entendernos. Y con los poetas hay que entenderse, o, por lo menos a mí, no me sirven para nada. Llamo entenderse a una comunicación de hombre a hombre, a una sintonización de ritmos y pulsos, a una concordancia de temperaturas sentimentales –y no excluyo las intelectuales–, a que el poeta diga la palabra que yo espero, y mi respuesta sea la ansiedad que él pretende colmar, acaso colmando la suya, porque la poesía lírica es ante todo diálogo, en el cual uno de los interlocutores pone la palabra y el otro –innumerables– pone silencios, abiertos de antemano, para que aquellas palabras y no otras los llenen al modo que esperan la lluvia las balsas de las tierras sin río. Y no quiere decir nada en contra de esta teoría, antes bien la refuerza, el hecho de que, las más de las veces, la poesía es diálogo del poeta consigo mismo y necesidad de llenar con palabras los huecos abiertos en su propio corazón. Cuando un poeta dialoga con las ansiedades de su propio corazón –el monólogo de Hamlet ¿no es, en realidad, un diálogo?– se pone al habla con el corazón de todos los hombres, porque no existen ansiedades de uso particular, salvo las mezquinas que no caben en el ámbito poético".

(...)

"Todas las teorías tienden a convertirse en normas absolutas. La mía también. Dejándola que cumpla su destino, me conduce a esta clasificación: poetas con los que yo puedo entenderme; poetas con los que no me entiendo; poetas amigos entrañables míos y poetas de visita, de quien se dice como de algunas personas vecinas de la misma ciudad durante años: ¡Ah!, sí, lo conozco de vista".

(...)

"La clasificación que acabo de hacer ignora, deliberadamente, la calidad estética de unos y otros. Pero aunque no sé si los poetas con quienes no me entiendo son malos, sé que mis poetas amigos pertenecen al linaje de los mejores. Se llaman Juan Ruiz, Jorge Manrique, Fray Luis, Lope, Santa Teresa, San Juan de la Cruz, Bécquer, Rubén, Juan Ramón, Machado y Federico el más reciente. Nuestras relaciones son muy sencillas. A veces, son ellos quienes me busan. Oigo su llamada como el silbido de un pecho que respira penosamente, y es que se ahogan de soledad en las cajas apretadas de sus libros. Otras veces los busco yo, y en nuestros encuentros el clérigo, el caballero, el fraile, la santa, el profesor de instituto pegan su boca a los oídos de mi corazón, me cuentan sus angustias y yo les contesto con la alterada música de mis sístoles y mis diástoles".

"Porque yo no busco –ya es hora de decirlo– a los poetas, sino a unos seres humanos –de ahí mi enumeración: el clérigo, el caballero, el fraile–, que se expresan poéticamente. El apotegma cartesiano podría tomar esta variante: "Soy poeta, luego soy hombre". Si la poesía no es vínculo de intercomunicación humana, ¿qué es? Y por eso el primero de mis poetas amigos, el que está más cerca de mí, un poco quizás porque lo está en el tiempo, mucho, sin duda, por coincidencias de sensibilidad, es don Antonio Machado".

"El rasgo común a todos ellos es que, sin más datos que el olor, el color, el sabor, la temperatura, la vibración de sus versos, puedo ver vivo al hombre"⁸.

⁸ *Romance*, 7 de febrero de 1940.

APÉNDICES

1. DOS SONETOS INÉDITOS DE PAULINO MASIP

I

Y ya es inútil rebelarse. Nunca
plantarán nuestras manos tienda estable,
ni sosiego hallaremos perdurable
para la pobre vida nuestra trunca.

No comeremos pan que no recuerde 5
otro pan que comimos, ni habrá cielo
del cual otro, lejano, no haya celo,
ni campo que no pueda ser más verde.

Sin sentir, ni querer, por ley de vida 10
vamos, hora tras hora, recogiendo
insólitas semillas de añoranzas.

Al ser devueltos a la llar perdida
veremos que se fueron convirtiendo
las angustias de ayer en esperanzas.

II

La ansiedad de volver no será nada
junto a la certidumbre de haber vuelto
y encontrar que la vuelta no ha resuelto
el drama de tu vida desterrada.

Hallarla eternamente enajenada, 5
ver que partida fue en iguales trozos;
sentir que siempre enturbiará alborozos
de una mitad, la otra mitad airada.

No desdirás tu estirpe gachupina, 10
o, si mejor te place, perulera
y por sus huellas correrá tu suerte.

Tu destino español a ser te inclina
puente tendido de una a otra ribera
a caballo del mar hasta la muerte.

2. DON ANTONIO MACHADO. POR PAULINO MASIP (*Romance*, 7 de febrero de 1940).

Desde hace muchos años tengo siempre a mano a don Antonio Machado. Algunos poemas los sé de memoria, aunque la mía no es buena, ni hice nunca intención de aprendérmelos. Durante un tiempo, a mi salida de España, me falló su compañía y hasta que la logré anduve como desasosegado. Puedo pasar y paso, semanas y meses sin leerlos, pero me gusta, teniéndolos cerca, saber que, si me acomete la sed, hallaré su fuente serena y segura.

Yo tuve en mi adolescencia una pequeña fuente lírica propia. Mi vaso era chico y agoté pronto su contenido. La fuentecilla se secó y otros manantiales menos puros brotaron en su lugar. Pero de vez en cuando el paladar de mi alma se reseca y abrasa de una sed específica, sed de agua poética. Entonces acudo a Don Antonio y bebo en su manantial, a la buena manera, haciendo cuenca con mis manos y mejor, con una sola, que actúa a modo de paleta cóncava, pero no lleva el agua a la boca, sino que la dispara hacia arriba, sin tocarla apenas, y la boca la recoge en el aire. Así me enseñaron a beber los campesinos de mi tierra, con gesto que une la máxima pulcritud posible en esas circunstancias y la delicia de cazar los sorbos al aire, como si fueran pájaros frescos o copos de nieve, o sencillamente, lo que son: agua con alas que se rompe contra las encías y entra hasta la garganta a borbotones. Los versos de D. Antonio, bebidos así, apaciguan mi sed y desalteran mi alma. Cierro el libro, como esa loseta que también mis maestros campesinos colocan oblicuamente sobre los manantiales para resguardarlos de impurezas, y sigo mi camino, seguro de que tantas veces como lo busque, lo encontraré propicio. El camino es polvoriento, la cuesta empinada y el sol de fuego, pero mis resortes interiores están ahora jugosos, elásticos; ando sin fatiga ni pesadumbre.

Alguna vez me salieron al paso unas imágenes intrusas. Si no recuerdo mal, decían llamarse retórica, gramática, poética o con otro nombre de la misma esdrújula y horrisona. Querían venir a cuentas conmigo y pedirme explicaciones a cuenta de mi salud moral recobrada, si la había o no conseguido con arreglo a la ley y si estaba seguro de mi alegría y de mi ligereza. Me acordé de los médicos molierescos y apreté a correr repecho arriba. Las intrusas eran viejas, padecían asma y no pudieron seguirme. Desde lo alto les envié mi risa sobre los lomos del limpio viento serrano.

Conozco personas que adolecen de una extraña manía. Probablemente a algunas de estas personas alude don Antonio cuando dice:

que miran, callan y piensan
que saben porque no beben
el vino de las tabernas.

Pues bien, estas personas tienen en su casa un laboratorio; probetas, balanzas de precisión, crisoles, alambiques, agua regia, retortas acaso, y en la pared, con números bien grandes, una tabla de valores poéticos establecida desde que el mundo es mundo. Estas personas son aficionadas a leer versos. Sin querer, por el automatismo de la pluma, acabo de definir las con bastante exactitud: aficionadas a leer versos como quien tiene el gusto de tomar una copita de benedictino después del café, sin sed, sin verdadera sed angustiosa del alma y, por lo tanto, sin amor. (¿Existe amor –afán de posesión, de conjunción y de sumamás violento que el de la sed por el agua y el del agua por la sed?). Para estas personas la poesía es un lujo del espíritu, no una necesidad implacable y ardiente.

El lujo es primordialmente, selección, rareza y seguridad de que la marca de la botella es auténtica y de que el precinto no lo ha tocado nadie. El laboratorio –por eso lo tiene– les da, previas las manipulaciones pertinentes, la garantía requerida. Toman el poema que han de leer, lo pesan primero íntegro, y luego verso a verso, después lo escanden al compás del metrónomo; más tarde lo miden. (Si estas operaciones, consultada la tabla, ofrecen resultado positivo, continúan el examen; si cualquiera de ellas acusa una falla, el poema cae de sus manos a un caldero de desperdicios). Luego, con unas pinzas, arrancan las rimas de sus alveolos y las someten al agua regia; después el poema va a parar a un crisol y ¡quién sabe todavía lo que le espera! Doy por supuesto que hemos seguido todos sus azares y que sale victorioso de la durísima prueba. Entonces, llegado el final y ya con la seguridad absoluta de que no será engañado el dueño del laboratorio se sienta en una butaca y lee, saborea el poema.

A una de estas personas le dieron a leer delante de mí varios sonetos. Estábamos en un café y como no podía ir a casa, tuvo que someterlos a experimentos vulgares: hacerlos brincar, golpeándolos sobre la mesa de mármol, frotarlos contra la manga de la chaqueta y, por último, hincarles el diente.–Este es bueno, este es malo, este tiene hoja– fue dictaminando con la misma sencillez tranquila que si las piezas examinadas fueran monedas de plata y él cambista de oficio.

Yo quedé maravillado, porque, al parecer, sus dictámenes eran justos, pero no sentí ninguna envidia de esa virtud zahorí. Prefiero el "ojo de buen cubero" que a mí me guía y me permite ser tremendamente apasionado en gustos y repugnancias. Si tengo algún espíritu crítico lo guardo para otros menesteres. En arte, y sobre todo en poesía, me gusta cerrar los ojos, entornar las ventanas de mi inteligencia y escuchar las resonancias que la obra despierta en las profundidades radicales de mi ser. Cuando es muy grande el placer que me produce, acaba convirtiéndose en necesidad casi viciosa. Sin duda existe un género de alcoholismo poético, con matices varios en su seno. Está el dipsómano tosco, burdo, sin predilecciones, indiferenciado, que busca, simplemente alcohol, sea cualquiera la forma que adopte, y están el borracho de whisky, el de cognac, el de vino, el de tequila, ebrios específicos, diríamos. Yo soy uno de éstos. Mi ebriedad poética tiene en los versos de Machado su principal bodega, aunque visite a menudo y gustosamente, otras también dilectas, porque no se excluyen, sino se complementan, como los colores del iris.

Quiero decir, con estas imágenes de un realismo algo bárbaro, que la perfección formal de un poeta no me interesa, ni me atrae, ni apenas sé en qué consiste. El adjetivo

impecable, aplicado a un poeta –"es un poeta impecable"– basta, basta para que me acerque a él con cierto repeluzno, y para que difícilmente podamos entendernos. Y con los poetas hay que entenderse, o, por lo menos a mí, no me sirven para nada. Llamo entenderse a una comunicación de hombre a hombre, a una sintonización de ritmos y pulsos, a una concordancia de temperaturas sentimentales –y no excluyo las intelectuales–, a que el poeta diga la palabra que yo espero, y mi respuesta sea la ansiedad que él pretende colmar, acaso colmando la suya, porque la poesía lírica es ante todo diálogo, en el cual uno de los interlocutores pone la palabra y el otro –innumerables– pone silencios, abiertos de antemano, para que aquellas palabras y no otras los llenen al modo que esperan la lluvia las balsas de las tierras sin río. Y no quiere decir nada en contra de esta teoría, antes bien la refuerza, el hecho de que, las más de las veces, la poesía es diálogo del poeta consigo mismo y necesidad de llenar con palabras los huecos abiertos en su propio corazón. Cuando un poeta dialoga con las ansiedades de su propio corazón –el monólogo de Hamlet ¿no es, en realidad, un diálogo?– se pone al habla con el corazón de todos los hombres, porque no existen ansiedades de uso particular, salvo las mezquinas que no caben en el ámbito poético.

Todas las teorías tienden a convertirse en normas absolutas. La mía también. Dejándola que cumpla su destino, me conduce a esta clasificación: poetas con los que yo puedo entenderme; poetas con los que no me entiendo; poetas amigos entrañables míos y poetas de visita, de quien se dice como de algunas personas vecinas de la misma ciudad durante años: ¡Ah!, sí, lo conozco de vista. Creo que es un técnico muy bueno, excelente en su especialidad y hombre honesto, pero no lo trato. Me lo presentaron una vez, y cuando no podemos evitarlo, nos saludamos cortésmente. Supongo que a él le pasa lo mismo que a mí". A éstos los definiría también "poetas de conferencia", o sea, de monólogo ante un auditorio que entró a oírle por curiosidad, o por compromiso, o porque "¿dónde vamos a ir a estas horas, con el agua que cae?" y a cuyo final se escuchan comentarios de este porte: "Pues yo creí que iba a ser más aburrido". "No, se ve que es un hombre que sabe mucho" "Qué tarde se nos ha hecho".

La clasificación que acabo de hacer ignora, deliberadamente, la calidad estética de unos y otros. Pero aunque no sé si los poetas con quienes no me entiendo son malos, sé que mis poetas amigos pertenecen al linaje de los mejores. Se llaman Juan Ruiz, Jorge Manrique, Fray Luis, Lope, Santa Teresa, San Juan de la Cruz, Bécquer, Rubén, Juan Ramón, Machado y Federico el más reciente. Nuestras relaciones son muy sencillas. A veces, son ellos quienes me buscan. Oigo su llamada como el silbido de un pecho que respira penosamente, y es que se ahogan de soledad en las cajas apretadas de sus libros. Otras veces los busco yo, y en nuestros encuentros el clérigo, el caballero, el fraile, la santa, el profesor de instituto pegan su boca a los oídos de mi corazón, me cuentan sus angustias y yo les contesto con la alterada música de mis sístoles y mis diástoles.

Porque yo no busco –ya es hora de decirlo– a los poetas, sino a unos seres humanos –de ahí mi enumeración: el clérigo, el caballero, el fraile–, que se expresan poéticamente. El apotegma cartesiano podría tomar esta variante: "Soy poeta, luego soy hombre". Si

la poesía no es vínculo de intercomunicación humana, ¿qué es? Y por eso el primero de mis poetas amigos, el que está más cerca de mí, un poco quizás porque lo está en el tiempo, mucho, sin duda, por coincidencias de sensibilidad, es don Antonio Machado.

El rasgo común a todos ellos es que, sin más datos que el olor, el color, el sabor, la temperatura, la vibración de sus versos, puedo ver vivo al hombre (...)

Con Antonio Machado tuve un par de conversaciones, la más enjundiosa en Barcelona durante al guerra; algunas cartas formularias, una, en que me hacía una recomendación, adorable por su modestia ingenua, y poco más.

Acudo, pues, para romper a hablar de don Antonio a un truco literario que, en cierto modo, me fastidia, pero no me queda otro remedio.

LA MUSA

Soria fría. Noche. Silencio. Soledad. La campana de la Audiencia da la una. Don Antonio abandona la camilla de holgadas faldas y se acerca al balcón, con lentos pasos táticos. Calzan sus pies zapatillas de paño un tiempo negro, o acaso azul oscuro —azul marino le dicen en esas tierras que no vieron nunca el mar y tienen de sus colores una idea surrealista—, cuya diferencia del negro únicamente se advierte poniéndolo al trasluz entre los ojos y el sol. Ahora las zapatillas son rojizas, como los párpados de Don Antonio. A ellas las chamuscó el brasero; a los párpados de Don Antonio las llamas de su corazón.

La estancia es chiquita y pobre. Pobre no es adjetivo adecuado; diríamos mejor, raída. Sus paredes están empapeladas con papel rosa rameado. La humedad y el tiempo trabajaron sobre él conjuntamente y, a trechos, aparecen manchas oscuras que refuerzan el dibujo y, a trechos, manchas blanquecinas que lo borran. De las paredes cuelgan algunos grabados con marcos sencillos. La estancia está saturada de libros. No caben más. Los que sobraron de la estantería de pino despintado, y de la silla y el diván, han ido a parar al suelo. Del techo pende una lámpara que deja ver a través de su cristal empolvado el arabesco del hilo incandescente. Alumbra poco, como el sol cuando se le puede mirar. Los libros colman también la mesa camilla; pero abren una pequeña plaza ocupada por unas cuartillas en desorden, por las gafas, el tintero y la pluma.

Don Antonio llega al balcón, separa las maderas, y una vaharada de frío le estremece. La noche —piensa— tiene el aliento helado. Se ciñe más al cuello la bufanda, descorre uno de los visillos y tiende la mirada sobre la ciudad. Es una noche clarísima, de luna llena. Apenas se ven estrellas en el alto cielo, de un azul pálido, suave, desvanecido en las cercañas de la diosa nocturna y más intenso donde su luz no alcanza. Nada vive en la ciudad. Ni un gesto, ni un ruido, ni una ventana iluminada, ni una columna de humo. La ciudad es una princesa muerta encerrada en un ataúd de cristal.

Soria, ciudad castellana
¡tan bella como la luna!

Don Antonio piensa ahora en los álamos del Duero, en el camino de San Polo a San Saturio, y en las cuatro paredes blancas y en los cipreses negros que más allá guardan, bajo tierra, el eco de su corazón:

eran ayer mis dolores
como gusanos de seda
que iban labrando capullos;
hoy son mariposas negras.

Don Antonio aplica su frente contra el cristal del balcón empavonado por el frío, tiritada a su contacto y se aparta. Cierra otra vez y vuelve a la camilla. La badila agrieta y aviva el brasero y el calor del diminuto volcán doméstico llega en dulces oleadas que suben desde los pies, capilarmente, hasta el rostro. Se arrellana, enclavija aún más las piernas en las honduras tibias de las faldas y, por un momento, toca la cima de la voluptuosidad. Ha recordado que mañana no tiene clase. Don Antonio es profesor de francés en el instituto y la pedagogía festeja mañana el santo del rey. Los extraños caminos de la fortuna le hacen sonreír. La noche, pues, no tiene mañana que la oprima. Súbitamente queda esponjosa y blanda. La soledad hincha sus poros hasta que uno de ellos alcanza el tamaño suficiente para que quepan en él la estancia, Don Antonio, la camilla, los libros, los grabados y las paredes rameadas:

¡Señor, ya estamos solos mi corazón y el mar!

Don Antonio escribe. Pasa el tiempo. El rescoldo se enfría. Don Antonio abandona la pluma y medita. Poeta, poesía... Al azar toma un libro y lo abre al azar. Se ajusta las gafas y lee: "La poesía es una bellísima doncella casta, honesta, discreta, aguda, retirada y que se contiene en los límites de la discreción más alta. Es amiga de la soledad. (Don Antonio hace una pausa y su mirada, por encima de las gafas, recorre las cuatro paredes de su minúscula habitación; luego sigue). Las fuentes la entretienen; los prados la consuelan; los árboles la desenojan; las flores la alegran y, finalmente, deleita y enseña a cuantos con ella comunican".

Los finos labios de Don Antonio se aprietan para dibujar una sonrisa tenue.

Abandona el libro y murmura:

—El bueno de Miguel, ¡qué cosas dice!

Don Antonio, amarga la boca, clava los ojos en su corazón, manadero y cobijo de su poesía, y por su lente desanda el camino de su pobre vida. Desde sus años infantiles la poesía fue su compañera, la conoce bien y ahora mismo la ve. Establece el cortejo con la descripción cervantina y vuelve a sonreír melancólicamente. La suya, su Poesía, no es doncella, ni engalanada, ni hermosa, ni amiga de la soledad. Es una mujer de edad incierta, sencilla en el vestir, de rostro trabajado por soles y vientos, andariega y gustosa del trato de los hombres. Casquivana no, pero no le asusta el requiebro violento, ni una copa de vino

ofrecida en lo alto de un mesón, ni las palabras populares que sirven para llamar pan al pan y vino al vino. Como es natural en ella, nada ni nadie empaña su Señorío; las más de las veces le basta un ligero ademán para revelarlo, otras se envuelve en su manto y todo calla a su alrededor. Sabe y le gusta, reír y llorar, pero guardan la llave secreta de su corazón ciertos atardeceres –oros y violetas– en tierras altas, anchas y desnudas de Castilla. Es, a ratos, sentenciosa y, a ratos, pueril, pero su alma es grave –arrastra el peso de muchas herencias nobles– y su gravedad se transparenta siempre hasta en sus juegos. Como ella ha dicho, o dirá algún día:

Poned atención:
un corazón solitario
no es corazón.

Enemiga de la soledad, pasa la mayor parte de su tiempo a solas. Soledad impuesta –de mesón a mesón el camino es largo y pocos los viajeros que merezcan su compañía– o buscada. Si la imagen fuera un poco más congruente, Don Antonio diría que su poesía busca la soledad como el tigre que se repliega sobre sí mismo para luego lanzarse con más fuerza sobre la presa avizorada. No es huida, sino pasión de acendramiento para acercarse más limpia y escueta, sin gangas amortiguadoras, excrescencias que las almas supuran por los contactos continuados y enemigos de las simples verdades cordiales.

El pequeño volcán doméstico se ha consumido. La badila no descubre en el cono de cenizas más que alguna que otra estrellita roja, polvo de brasa. El corazón caliente de la estancia ha muerto. La imagen es justa, porque las paredes, el suelo y el aire se van enfriando poco a poco, a la manera definitiva e irremediable, con frío que nace de dentro, como se enfría un cadáver.

Don Antonio se pone en pie. Vacila unos momentos aún. Es tarde, y el frío se hará dentro de poco insoportable –"buena helada va a caer esta noche"–, pero el camino hasta la alcoba, y la alcoba misma y el lecho son aventuras terriblemente dolorosas. Don Antonio hunde la cabeza entre los hombros, apaga la luz –durante un buen rato el hilillo de la lámpara dibuja su arabesco en las tinieblas– y marcha a tientas.

EL MUNDO POÉTICO

La musa de Don Antonio tiene, como todas las musas, su mundo poético; pero el suyo está enclavado en este mundo terrenal, mundo nuestro de cada día. Otras musas viven en campanas neumáticas, fuera del espacio y del tiempo, colgadas de un punto neutro acaso entre el cielo de la tierra y el cielo de la luna, alojamiento posible para la poesía químicamente pura. La musa de Don Antonio vive en la tierra, en lugares de la tierra que están en los mapas y tienen nombres propios. Ahora está en Soria; más adelante habitará en Baeza –pueblo entre andaluz y manchego–, en Segovia romana y pícara; los pinos de Balsaín le contarán sus rumores; breñas del Guadarrama –"¿eres tú, Guadarrama, viejo amigo?"– de-

sollarán sus manos ávidas de contactos radicales y soñará caminos de la tarde en las anchuras castellanas. Al fondo, lejos, entre neblinas vagas, Sevilla, ciudad más soñada que vivida, cuyo recuerdo le acompaña siempre como el eco borroso de una canción infantil.

En las postrimerías de su vida la tormenta que desgajó a su patria arrancó a Don Antonio de sí mismo y le llevó a tierras levantinas y catalanas; antes, en sus años mozos, afanes voluntariosos lo habían llevado más allá de las fronteras de España; pero su musa no quiso saber nada de estas andanzas. Fuera de los límites de su mundo, enmudecía o recordaba. El mundo poético de Don Antonio Machado tiene cuerpo y alma. El cuerpo, someramente dibujado con los nombres geográficos citados más arriba, lo constituye la realidad física de Castilla con raíces y ensanches andaluces. El alma es la del poeta.

La primera y más grande aventura de Don Antonio fue el hallazgo de Castilla; la de Castilla fue el hallazgo de Don Antonio. Instantáneamente formaron unidad que me atrevería a llamar conyugal, por lo apretada, lo firme, lo fecunda; por lo que hubo de azaroso en su encuentro —como fue, pudo no ser— y por ese doble juego de reacciones que se advierte en ellos, los mutuos descubrimientos y los mutuos mimetismos, que sólo entre esposos se producen. Tras varios años de coyunda, esposo y esposa se parecen por fuera y, por dentro, las palabras "tuyo" y "mío" carecen de efectividad y expresión. Así Don Antonio, andaluz de cepa, es el más profundo poeta castellano y Castilla camina junto a él con insospechada gracia andaluza. Completa la imagen otro rasgo muy significativo. La pasión castellana de Don Antonio no tiene resonancias históricas. Ama Castilla viva, actual, presente, como se ama a una mujer por lo que es y no por lo que fue: actitud extraordinaria que bastaría para definir a un gran poeta, porque cuando Don Antonio la conoció, Castilla era una realidad apenas poética, si lo era algo, y brotaban, en cambio, sugerencias líricas frente a uno cualquiera de sus retratos antiguos. Don Antonio lo relegó al desván, cerró sus oídos a la importuna musiquilla nostálgica, se puso a mirar los campos grises, la roquedas cárdenas, los amarillos álamos, las parameras pardas, las cortadas serranías azules, la vida humilde, pobre, miserable de labradores y buhoneros y su alma se llenó de piedad y de amor.

Hallazgo de un paisaje; coincidencia lógica —"mi juventud, veinte años en tierras de Castilla"—, con él y sobre él, de las eclosiones sentimentales. Ambos elementos se engarzaron en la realidad, y engarzados siguen en la transmutación poética. El final prematuro y desventurado de la flor más pura y duradera, aprieta más el alma del poeta contra el paisaje enjuto; su dolor y la tierra se confunden, y no se sabe, a veces, de dónde sale la queja. ¿Llora por los tristes campos sorianos ateridos o por la esposa muerta? Acaso las lágrimas brotan confundidas también, y, con ellas, los mejores versos:

¡Oh, sí, conmigo vais, campos de Soria,
tardes tranquilas, montes de violeta,
alamedas del río, verde sueño
del cielo gris y de la parda tierra,
agria melancolía

de la ciudad decrepita,
me habéis llegado al alma
¿o acaso estabais en el fondo de ella?

Versos como éstos que le dicta el amor en la ausencia de su paisaje:

Palacio, buen amigo,
¿está la primavera
vistiendo ya las ramas de los chopos
del río y los caminos? En la estepa
del alto Duero primavera tarda
¡pero es tan bella y dulce cuando llega!...
¿Tienen los viejos olmos
algunas hojas nuevas ?
Aún las acacias estarán desnudas
y nevados los montes de las sierras.

Palacio, buen amigo,
¿tienen ya ruiseñores las riberas?
Con los primeros lirios
y las primeras rosas de las huertas,
en una tarde azul sube al Espino
al alto Espino donde está su tierra...

Y en otro lugar:

Allá en las tierras altas
por donde traza el Duero
su curva de ballesta
en torno a Soria, entre plumizos cerros
y manchas de raídos encinares,
mi corazón está vagando en sueños...
¿No ves, Leonor, los álamos del río
con sus ramajes yertos?
Mira el Moncayo azul y blanco; dame
tu mano y paseemos.

Cuerpo y alma, paisaje y poeta están aquí tan hondamente trabados que no cabe más. Si yo supiera explicar el encanto absoluto de estos versos, que me conmueven siempre que los leo o los recuerdo, diría que, a mi entender, nace de que paisaje y sentimiento se sirven mutuamente de resonadores. El sentimiento personal del poeta no puede ser más vulgar y

nada lo distingue, en el fondo, del que miles de hombres, poetas o no, han padecido y padecen en trances semejantes al suyo. Don Antonio no exagera, ni retuerce, ni sutiliza, ni fantasea su dolor. Le duelen la esposa muerta, la juventud perdida, la vida rota, y canta sus quejas de hombre normal como un hombre normal. El prodigio es hacer de este dolor, sin desnaturalizarlo, materia de creación poética.

El paisaje, por su parte, y por sí solo, con su hosca y tremenda desnudez, también difícilmente podía convertirse en materia poética. Necesitaba que el vértice sangrante de un corazón humano pasara, subrayándolas, por encima de sus líneas –y que fuera cierto, porque en este reino la superchería se llama ripio y no hay crimen mayor. El dolor encontró en el paisaje, traspasándose en él, una voz más universal. Realizada la consubstanciación, el milagro poético fue su consecuencia.

LA VOZ DE LA SANGRE

A medida que Don Antonio se hace viejo se le van cansando los ojos de ver y cada vez los cierra más sobre sí mismo. Los paisajes ya no son los que eran –los suyos están ahí grabados para siempre– y los dolores cumplen la paradoja de alejarse según la marcha de la vida nos acerca a ellos. (Nunca está más lejana la muerte de la persona amada que cuando la muerte nos va a depositar en sus brazos). Una dulce serenidad desciende sobre el alma de Don Antonio. Está en paz: vivió, sufrió y pagó. El tumulto de la vida llega, ahora, tamizado y aséptico. No toma parte directa en él; es, por lo tanto, materia de reflexión. Fue actor, se ha convertido en espectador. Vistos a distancia, y a través de unas persianas que quitan crudeza a la luz, el mundo y su hervidero humano, excitan la piedad y la ironía.

Y como quedan intactos el gusto por la canción y el verso y la gracia mágica para hacerlos saltar cristalinos y exactos, piedad, ironía y gracia, se cuajan en coplas, aforismos, sentencias, proverbios, fantasías, o en breves, brevísimos apuntes poéticos que traen una cualidad común: hablan con acento andaluz. Es la voz de la sangre. Don Antonio, encerrado consigo mismo, encuentra la ancha veta andaluza que la presencia de Castilla mantuvo casi completamente desterrada, y el manantial brota con perfecta naturalidad. Si Castilla fue ante todo paisaje, Andalucía es sangre, voz de la sangre, es decir, herencia, raza, y le mana de los entresijos más hondos de su ser. Para encontrarla no tiene que mirar hacia afuera; le basta con no mirar a ninguna parte y tender el oído. Andalucía no puede ser en Don Antonio una aventura personal como fue lo castellano. La voz de la sangre es mostrenca, colectiva, y entra en la carne de los siglos pasados como las mareas marinas se meten tierra adentro remontando el cauce de algunos ríos. Ejemplo: todos los poemas de Castilla están escritos en primera persona del singular, son páginas de autobiografía; en los poemas con acento andaluz el poeta vierte también, sin duda, sus experiencias personales, pero no es aquella angustia exasperada de protagonista que tenía, y muchas veces queda en un segundo término, mitad porque ya no se nutre de raíces sentimentales sino intelectuales, mitad porque mi corazón es mío, pero mi sangre es de todos los que me la dieron.

Da doble luz a tu verso
 para leído de frente
 y al sesgo. Mas no te importe si rueda
 y pasa de mano en mano:
 del oro se hace moneda.

Este poemilla, con el que, sin duda, Don Antonio se aconseja y disculpa, me parece extraordinariamente expresivo de su nueva actitud. El poeta no renuncia a guardar alguno de sus secretos, pero ya no escribe para sí, y se aviene a convertirse—"del oro se hace moneda"—no sin alguna inquietud, en una de las muchas voces anónimas que crearon la poesía popular de su raza.

Más que la inteligencia, le guió en este trance su clarísimo instinto. Me explicaré mejor, si puedo. Así como en la etapa castellana se realizó su poesía por la conjunción —¿fortuita?: todo es fortuito en la vida y nada lo es— de paisaje y sentimiento, en la etapa andaluza, esencialmente intelectual, su poesía se logra, o no se malogra en pedantería y conceptismo, por la intervención de las savias y ritmos populares. Se dirá que esto ocurrió, porque Don Antonio era el que era, es decir, que él buscó conscientemente dentro de sí —no tenía para qué ir más lejos— savias y ritmos que, en cierto modo, no le habían abandonado nunca, necesarios para salvar a su poesía de aquellos vicios, porque era un gran poeta. En estas disquisiciones siempre se viene a parar en el cuento de qué fue antes, si el huevo o la gallina.

A Don Antonio le gustaba mucho teorizar sobre poesía, y explicó la suya en varias ocasiones, muy agudamente, como en estas palabras de Juan de Mairena, escritas para definir una de las fallas del barroco literario español, y que son una magnífica definición de su etapa poética andaluza: "será la calidad de lo gracioso que sólo se produce cuando el arte, de puro maestro, llega al olvido de sí mismo, de su necesario apartamiento de la naturaleza". Estas palabras, justas, exactas, están escritas con la inteligencia, pero ¿qué tienen que ver con estos dos versos maravillosos?:

la primavera ha venido
 nadie sabe cómo ha sido.

Aquellas dicen que Don Antonio, además de su don poético genial, tenía talento, que no estorba, antes bien ayuda al don poético, pero su verdadera raíz se halla en otra parte. ¿Dónde están las raíces de estas canciones?

Junto al agua negra
 Olor de mar y jazmines
 noche malagueña.

¡Blanca hospedería,
 celda de viajeros
 con la sombra mía!

Encuentro lo que no busco:
las hojas del toronjil
huelen a limón maduro.

... Pero yo he visto beber
hasta en los charcos del suelo.
Caprichos tiene la sed.

Aquí habla la voz de la sangre, la raíz está en la sangre, río que viene de muy lejos y nadie sabe en qué mares irá a parar. La voz de la sangre tiene muchas veces cosas inteligentes que decir, pensamientos sutiles que expresar.

El ojo que ves no es
ojo porque tú lo veas
es ojo porque te ve.

Busca tu complementario
que marcha siempre contigo
y suele ser tu contrario.

Tengo a mis amigos
en mi soledad;
cuando estoy con ellos
¡qué lejos están!

Y las dice y las expresa sin embarazo alguno. Y como les pone, que es lo que ella tiene, gracia, y les quita lo que estorba, lastre retórico, grandilocuencia, énfasis, son sus resultados otras tantas pequeñas, deliciosas maravillas, como estos dos que reproduzco porque en ellos, además, está reunida la filosofía del nobilísimo espíritu de Don Antonio:

¿Dices que nada se crea?
no te importe, con el barro
de la tierra haz una copa
para que beba tu hermano.

¿Dices que nada se crea?
alfarero, a tus cacharros.
Haz la copa y no te importe
si no puedes hacer barro.

ESPAÑA

Castilla-paisaje-sentimiento; Andalucía-sangre-pueblo. Y España. España entra también en el mundo poético de Don Antonio. Son, las suyas, apariciones espaciadas que señalan la existencia de una corriente patriótica y política que le acompaña a lo largo de toda su vida. Esta corriente tomó sus aguas de un gran lago cimero y divisorio que tiene un nombre de dos cifras: 98. Don Antonio no pertenece por la edad, exactamente, a la generación del 98, pero es, en esta zona de su espíritu, hijo suyo o, si se quiere, su hermano menor.

España, la nación española, son también materia poética. Pero aquí Don Antonio pierde el contacto con los jugos esenciales de la tierra y de la sangre y ya no es un hombre que se expresa poéticamente; es un español que se expresa poéticamente. Digamos la verdad: Don Antonio fracasa en el empeño. La rueda de su molino no muele conceptos abstractos y, para un español, "España" y "Español" fueron dos conceptos abstractos hasta que la guerra les dio realidad de carne y hueso. En Machado se ve muy clara esa transformación. Sus lejanos arranques de poeta civil son lo más endeble de su obra; en ellos están los únicos versos retóricos y flatulentos que Don Antonio ha escrito. En cambio, es asimismo el español quien habla de España en sus últimos sonetos, y lenguajes e imágenes tienen la sencillez verídica que le dictaron siempre los seres vivos. España y lo español habían dejado de ser abstracciones para convertirse en realidad tangible, palpable, adolorida, sangrienta. Hay aquí unos matices que quiero precisar. En poquísimos momentos de su historia el español se ha visto, se ha sentido, miembro de una colectividad llamada España. "Mi nombre es fulano, pertenezco a tal familia, soy de tal pueblo y, apurando mucho, de tal región". Con estos datos se definía a sí mismo y le bastaban; sabía, porque se lo habían enseñado en la escuela, que todos estos caracteres estaban inscritos en una comunidad nacional, pero como esta inserción no le añadía nada por dentro, la tomaba como una servidumbre burocrática, hija de quién sabe qué razones ajenas a él, contra la que no vale la pena de protestar, porque, por lo visto, sin una servidumbre de ese género es imposible vivir. Todos los hombres civilizados la tienen. Si no fuera ésta sería otra. ¡Qué más da entonces!

Acaso la primera vez que el español ha sentido de verdad, con sus entrañas, que él y España eran una sola cosa, con siamesa interdependencia vital, fue durante la guerra que acabó hace, en estos días, dos años. Si no me llevara muy lejos, y la ocasión fuera más oportuna, yo describiría el entusiasmo infantil que acometió a muchos españoles cuando hicieron el descubrimiento de España como parte biológica de su propio ser. Era de una ingenuidad conmovedora, pero, quizás, la única razón sería de optimismo patriótico que había en aquellos días terribles. Más o menos a todos nos alcanzó en fenómeno. En Don Antonio produjo los efectos que he indicado. El español y el hombre se le fundieron en una sola pieza. Hasta entonces lo español había sido una actitud retórica. Haré el último distinguo: me refiero a lo español nacional, político, porque racialmente nos sentimos españoles todos, pero a este sentimiento se llegaba por los caminos de la sangre como una extensión del pueblo natal, de la familia y de la persona, y perdía en densidad, hasta no existir apenas como elemento unificador, en la medida que sus límites se ensancha-

ban. El sentimiento de raza engendra un tipo de solidaridad –por lo menos entre nosotros– de ligaduras flojísimas y deja al hombre en absoluta libertad de sus instintos; da y no exige nada en cambio. Para uno cualquiera de nosotros, el resto de los españoles eran como esos parientes lejanos que tienen en su árbol genealógico algunos de nuestros apellidos, lazo absolutamente inerte si no lo refuerza la convivencia afectiva. La solidaridad nacional política nos llegaba impuesta por el aparato riguroso del Estado –cuerpo inevitable para que el espíritu de la nación se aposente–, y el español no comprendió jamás el motivo de esta interferencia y tomó el rábano por las hojas, acaso porque sólo le pusieron las hojas a su alcance.

LA MUERTE

Don Antonio, poeta y hombre, andaluz, castellano y español, –no hay más en él– murió en tierra extranjera, en tierra que es hoy, además, escarnecida. En ella yace, pero no descansa. A mí me duelen su soledad y su ausencia y pienso con angustia en la angustia de sus pobres huesos desamparados. El destino sarcástico que lo hizo profesor de francés en institutos provincianos, le dio la muerte más dolorosa. Ni el hombre ni el poeta podían vivir fuera de España. Apenas transpuso la frontera, su alma se negó a seguirle y se volvió "al alto Espino donde está su tierra".

Un día habrá que rescatar su cuerpo y llevarlo a ese alto Espino de sus sueños o al lugar donde él pedía, sin duda expresando por manera indirecta su propio anhelo, que llevaran a su maestro don Francisco Giner en un poema interminable:

¡Oh, sí, llevad, amigos,
su cuerpo a la montaña,
a los azules montes
del ancho Guadarrama.
Allí hay barrancos hondos
de pinos verdes donde el viento canta.
Su corazón repose.
Bajo una encina casta
en tierra de tomillos donde juegan
mariposas doradas...